



Tiempo de lectura: 4 min.

[Jorge G. Castañeda](#)

El 23 de enero de 1958, un grupo de oficiales militares venezolanos derrocó al brutal dictador Marcos Pérez Jiménez, quien había gobernado durante seis años, más de lo que merecía, gracias a una bonanza petrolera. Pronto se celebraron elecciones, dando paso a un período de 40 años de democracia representativa, sustentada por una vibrante sociedad civil, altos precios del petróleo (en su mayor parte) y aumentos concomitantes en el gasto y la corrupción, siendo esta última tolerada en gran medida. No fue hasta mediados de la década de 1990 que los precios más bajos del petróleo y el estancamiento económico pusieron fin al Pacto de Punto Fijo, llamado así por la ciudad donde los principales partidos políticos de Venezuela negociaron un acuerdo de reparto del poder y acordaron respetar los resultados de las elecciones.

Dado este precedente, muchos observadores se han preguntado por qué las fuerzas armadas venezolanas no han intentado derrocar al presidente Nicolás Maduro, quien asumió el poder tras la muerte de Hugo Chávez en 2013. Después de todo, Maduro tiene mucho en su contra. Ha presidido un colapso económico, con un PIB que se ha reducido aproximadamente en tres cuartas partes entre 2014 y 2021. La producción de petróleo se ha desplomado, los bienes básicos son escasos y casi ocho millones de venezolanos, más de una cuarta parte de la población del país, han huido. Sus elecciones de 2013 estuvieron marcadas por acusaciones de fraude, y su gobierno ha estado plagado de escándalos de corrupción masiva. Además, al no haber servido nunca en el ejército, Maduro carece de la lealtad institucional que Chávez disfrutaba.

Pero incluso si Maduro logró mantener la lealtad del ejército durante la primera década de su gobierno, uno puede preguntarse razonablemente por qué las fraudulentas elecciones presidenciales del 28 de julio no han provocado una repetición del golpe de 1958. Observadores electorales internacionales y gobiernos extranjeros, incluidos Estados Unidos, la Unión Europea y una docena de países de América Latina, han llegado a la conclusión de que Maduro robó descaradamente las elecciones al candidato de la oposición Edmundo González, quien huyó a España después de que Maduro se declarara vencedor. González ha reforzado su afirmación de que ganó por un margen de tres a uno con las actas de más del 80% de los centros de votación. Maduro, por su parte, no ha podido producir un solo documento que demuestre su supuesta victoria, a pesar de la presión de varios gobiernos de izquierda en la región para que lo haga.

El cambio de régimen de este tipo no es desconocido en América Latina. Enfrentando acusaciones similares de fraude electoral en 2019, Evo Morales, el presidente izquierdista boliviano más popular y exitoso, fue derrocado por el ejército de su país, que "sugirió" que renunciara. De hecho, más allá de las explicaciones obvias para la supervivencia de Maduro, desde el halago a los militares hasta la frustración de los intentos de la oposición y los

Estados Unidos para derrocarlo, hay una razón crucial pero a menudo pasada por alto por la que sigue en el poder: el contingente cubano.

Desde que los militares venezolanos intentaron y fracasaron en derrocar a Chávez en 2002, Cuba ha enviado a miles de médicos, enfermeras, instructores deportivos, asesores de seguridad y agentes de inteligencia al país, a cambio de petróleo venezolano a precios subsidiados. Las estimaciones actuales sitúan el número de cubanos en alrededor de 15.000, pero ha llegado a los 30.000 en el pasado.

Estos trabajadores tienen la tarea de blindar a Maduro contra golpes de estado, como lo hicieron con Chávez, en gran medida mediante el monitoreo del ejército venezolano de arriba a abajo. Las fuerzas de seguridad cubanas están bien preparadas para la tarea. En la década de 1960, frustraron numerosos intentos de los Estados Unidos de asesinar a Fidel Castro. Más tarde, en las décadas de 1980 y 1990, el aparato de seguridad de Cuba desveló una serie de conspiraciones, algunas reales, otras imaginarias, contra el régimen comunista. Pero lo más importante es la absoluta lealtad del contingente cubano en Venezuela, no a Maduro, sino al gobierno cubano.

Esto subraya lo inusual que es la situación. Difícilmente se podría imaginar al Servicio Secreto, el FBI o la CIA operando en un país extranjero al servicio de un líder autoritario, pero respondiendo solo a Estados Unidos. Si bien muchos venezolanos se sienten incómodos con esta situación, es invaluable para Maduro. A diferencia de sus homólogos venezolanos, el personal de inteligencia y seguridad cubano no tiene que escuchar a sus familias quejarse por la falta de comida, medicinas o ropa. Debido a que no se ven absorbidos por la ira y la frustración de los venezolanos con el régimen, este acuerdo ha resistido un grado extraordinario de turbulencia política, incluso cuando la economía se derrumba y la gente vota con los pies.

Mientras el contingente cubano esté en Venezuela, es seguro asumir que los militares locales no se rebelarán contra Maduro, a menos que, por supuesto, las órdenes provengan del gobierno cubano. Eso parece improbable: el despiadado ex ministro del Interior de Cuba, Ramiro Valdés, puede que ya no supervise las operaciones en Venezuela, pero el gobierno no se ha desviado de los principios que lo guiaron.

Los países que buscan una salida a la actual situación de impasse en Venezuela, incluidos Estados Unidos, México, Colombia y Brasil, harían bien en obtener la cooperación cubana para una solución pacífica y democrática a la crisis de gobernanza. Con una presencia cubana significativa en el país, nadie debería contar con que los militares se vuelvan contra Maduro.

Oct 11, 2024

<https://www.project-syndicate.org/commentary/cuban-agents-secure-nicolas-maduro-venezuelan-regime-by-jorge-g-castaneda-2024-10>

[ver PDF](#)

Copied to clipboard